

# twatcher

## A mí –malos días y peores noches

de por medio– ya me parece que fue hace mucho tiempo. Tres figuras políticas de las que yo nunca había oído hablar aparecen en tres programas de televisión que yo nunca he visto. Inmediatamente se activa la alarma. Como *Watchmen* de Alan Moore, como una avanzadilla de viejos y nuevos superhéroes, figuras políticas de otra clase reaccionan a lo que pudiera ser un Retorno del Mal. Se habla de teorías de conspiración que llegan, por supuesto, hasta Raúl Castro. Mail tras mail tras mail, se va improvisando un debate virtual que ocurre y no ocurre en Cuba: estamos en pleno punto cult punto cu, donde los puntos son a la larga puntos suspensivos, puntos en boca, puntos y aparte. “Nunca he visto tanta cantidad de poses en un mismo escenario”, me comenta por teléfono un amigo escritor que me lleva 20 años de ventaja de ver cosas. En ese escenario, escribe Hugo Loetscher en *El Inmune* (1985), “se mezclaba lo privado y lo ideológico, las confesiones y la cháchara, la experiencia y la teoría”. Y agrega el escritor suizo: “La revolución consistía en un primer momento en que todos comenzaban a hablar como si hubieran callado durante

mucho tiempo, como si sus problemas no se hubieran tratado jamás”.

Todavía callados, sin voz y sin voto y sin rostro visible, otros lectores asisten a la función –a la ficción. Me cuentan que, en un interesante y periférico lugar conocido como Centro de Neurociencias de Cuba, había quien se sentaba todos los días al correo para seguir las incidencias electrónicas del debate. Imagino a varios de esos científicos en sus concentrados laboratorios leyendo la novela por entregas. Trato de imaginar cómo la leen. ¿Analistas de la información descontrolada? ¿Los minuciosos duaneles día de la clase de al lado? Diagramación de redes neuronales, activación de zonas en la corteza. Quizás a alguno se le ocurra, como al descuido, que el cerebro funciona bastante mal, pero al menos hay señales de que funciona, de que puede funcionar. Quizás otro piense en las señales químicas que indican el surgimiento de la conciencia en una masa de carne y plieguecitos. No sé. Pero me creo que hay algo ahí, en esa distancia, que vale la pena tener en cuenta.

La ventaja del desplazamiento, de estar desplazado y observar las cosas desde un punto de vista marginal, como decía Piglia. Un ejercicio de oblicuidad, de colocarse al sesgo. Usar lo que tienes a mano y no lo que se supone que deberías tener para interactuar con lo que se mueve. Entrar por el lugar incorrecto a decir lo que no es pero que también sirve. Como el crítico chileno que calificó a *Match Point* como “una película de tenis” (a Woody Allen le

hubiera gustado). Como yo la otra noche –de esas peores noches sin mirarme a mí mismo–, medio muerto frente a la televisión nacional, viendo por segunda vez *Blade Runner* y encontrando que se trataba claramente –no debo ser original en esto– de un ensayo filmico sobre la mirada.

Esa misma televisión, por ejemplo, puede ser vista con una táctica diferente. Contra lo que se suele creer, puede usarse para activar neuronas –las que uno tenga. La más reciente polémica cultural cubana tuvo su detonante allí, a la vista de todos. Sólo que no todos estaban *mirando*.

Mirar la televisión cubana poniendo el canal paranoico. Tramas invisibles enseñando las puntas de programa a programa. Pistas. Todo está ahí por algo, queriendo decir otra cosa. Cómo se dice lo que no se dice. Sentidos paralelos que se ocultan unos debajo de otros. Mucho menos fácil que descubrir demonios del pasado es advertir la forma de los demonios del futuro. Identificar los síntomas en el presente. Pero para eso habría que dar un paso más allá de las figuras que aparecen (y desaparecen) en el aire, de la escena suprimida en la película del domingo o en el episodio de *Friends*, de la frase que no se subtitula, de los filtros noticiosos de última hora, del formato y el guion que abortan una y otra vez, de las fórmulas nacionales de propaganda y telebasura, de esos tremendos videos reality show donde Fidel Castro y Hugo Chávez, al decir de Rodrigo Fresán, “se miran, se abrazan, se elogian con prosa de bronce”.

Un paso más allá, probablemente, está el delirio. Es desde ahí, quizás, donde uno puede repetir como el replicante: “I’ve seen things you people wouldn’t believe”.

Y probablemente, también, la televisión cubana no dé para tanto, pongas el canal que pongas. Mejor todavía. Ver la televisión que no existe, el zapping que nos falta. Picotear el cable antes del cable. Crear poco a poco el Homer Simpson que necesitamos, el que sólo abandona la pantalla para ir a la nevera en busca de otra lata de cerveza. El Homer Nuevo.

Otro mito catódico más reciente, el Dr. House, le dice –ya le ha dicho de todo– a la Dra. Cameron: “Lee menos y mira más televisión”.

Lee más televisión, se entiende. Léeme a mí.

Lee cosas que los demás no creerían.

Jorge Enrique Lage  
La Habana · 79

jorge•enrique•lage